

Vogt, Evon Z., *ZINACANTÁN - A Maya Community in the Highlands of Chiapas*. Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press, 1969.

El libro tiene como base cuatro años de trabajo de campo en el pueblo de Zinacantán y en las aldeas circunvecinas, de cultura maya tzotzil, con una población de 8 000 habitantes.

Desde el estudio geográfico y el de la cultura material y económica, hasta la estructura social y las creencias y rituales religiosos, todo lo expone Vogt con minuciosísimos detalles. Como él mismo lo dice en el prólogo, se trata, ante todo, de un estudio esencialmente etnográfico en el que intercala algunas interpretaciones antropológicas.

Siendo imposible dar aunque sólo fuera un resumen conciso de la obra, dada la vasta extensión de la misma,

expondré algunos de los rasgos más importantes de la sociedad zinacanteca.

* * *

Noviazgo y matrimonio. Desde la primera "petición de la novia" en que los padres del muchacho piden a los padres de ella que lo acepten como a un hijo, hasta la ceremonia de "entrada en la casa", aceptación formal del muchacho por la familia de la pretendida, hay una larga serie de prestaciones económicas y de trabajo, que constituyen el "precio" de la novia. Pero no es un simple pago, sino un intercambio constante de individuos, bienes, servicios, cortesías, diversiones y rituales. Los bienes que se dan a cambio de la novia no son algo meramente inanimado, ya que al darlos se simboliza la donación de sí mismo con ellos. Con lo cual cada parte se compromete cada

vez más, emocional y financieramente, hasta que la novia es conducida finalmente a la casa de su marido, a cuyo linaje patrilineal se integra.

El *Shamanismo* es otro fenómeno social muy importante (Vogt llama así, impropriamente quizá, a los “brujos” que tienen poderes de curar y de producir la enfermedad, pero sin los fenómenos de “trance”, etc., que se dan en otras culturas). Los shamanes son los intermediarios entre los dioses y los seres humanos: ofrecen las peticiones y súplicas de éstos a los dioses, y transmiten a los hombres las respuestas de los seres divinos. Pero, además, desempeñan un papel psicosocial de gran trascendencia para la comunidad.

Siendo las enfermedades un castigo infligido por dioses ancestrales a sus descendientes que han obrado mal, el primer elemento en una “ceremonia curativa” es la confesión que el paciente hace de su propia culpa, con lo cual se opera en él una catarsis. Como las culpas que desencadenan las iras de los dioses ancestrales son de tipo social o religioso, la confesión del paciente, unida a las exhortaciones del shamán, traen de nuevo la paz al grupo doméstico y/o a la comunidad. Los shamanes son, por esto, elementos muy importantes en el control de la moralidad.

El *sistema de cargos* es un tercer fenómeno social en Zinacantán. Es el servicio que un individuo presta a la comunidad desempeñando por un año un cargo ritual. Hay que empezar por el cargo de nivel más bajo e ir ascendiendo de uno a otro por escalafón. El que los ha recorrido todos y se ha convertido en un “pasado”, goza de grandísimo prestigio en la comunidad. Pero ese prestigio moral es a costa de su posición económica. En efecto, las erogaciones hechas durante un cargo importante van de 5 000 a 14 000 pesos (unas 10 veces el ingreso anual de un zinacanteo relativamente próspero). Con ello se cumple el principal objeto del sistema de cargos: la repartición más o menos igualitaria de la riqueza; cuando se considera que una persona es demasiado rica y, por consiguiente, un peligro para

la comunidad, se le hace entrar en el sistema, y las riquezas superfluas que poseía se gastan en fiestas, cohetes, música, comida y bebida, en provecho de la comunidad. El equilibrio económico queda restablecido y se propicia la paz, pues ya no hay motivo de envidia de los pobres hacia los demasiado ricos. Después de haber recorrido toda la escala de cargos no es raro que se termine en quiebra o poco menos.

Compadrazgo. El que desempeña un cargo necesita la ayuda (especialmente económica) de gran número de personas. Para ello acude a sus parientes (a los que él ayudará, a su vez, cuando la ocasión lo pida) y también a los parientes “ficticios”, es decir a sus compadres. La institución del compadrazgo tiene como fin principal el establecimiento de lazos profundos y duraderos, sancionados además por el ritual religioso (bautismo, confirmación, matrimonio). De tales lazos se siguen prestaciones mutuas de bienes y servicios.

Rango. La tendencia a la igualdad económica por medio de los cargos no implica que la sociedad de Zinacantán sea democrática. Todo lo contrario: se halla altamente jerarquizada. Aun en la vida ordinaria hay estricto orden de precedencia, pero sobre todo en la vida ritual. Claramente se echa de ver el rango superior de los hombres respecto a las mujeres, y de los más ancianos con relación a los menos ancianos. Si se trata de cargos o de funciones, la “ancianidad” o antigüedad se mide por el tiempo transcurrido desde que se tomaron. Hay santos que son *senior* o *junior*, según la fecha de su “llegada” a Zinacantán o según su importancia o poder. Las montañas sagradas, los sitios sagrados, los objetos sagrados, se clasifican también de acuerdo con el principio senior-junior.

Vogt piensa que estos conceptos quizá tengan su origen en la oposición entre hermano mayor (*bankilal*) y hermano menor (*its'inal*), que después se trasladó a otros dominios.

* * *

Pasemos ahora al campo educativo.

Entre los tzotziles la educación que los niños reciben es informal. Cuando

el niño tiene alrededor de un año y ya gatea o empieza a caminar, se le enseña a alejarse de los peligros (como el fuego, el agua), a avisar cuando quiere satisfacer sus necesidades biológicas, a no molestar a su madre cuando ella está ocupada, etc. Pero se ejerce poca presión sobre el niño y más bien se le va enseñando a manera de juego y se emplea siempre un tono afectuoso que le ayuda en este proceso de socialización. Cuando nace otro hermanito, todos los adultos de casa se esfuerzan por dar al niño “desplazado” una atención y un cariño especiales. Le ayudan asimismo a dominar su agresión contra el nuevo bebé incitándolo a pegarles a él y a la mamá a manera de juego. Y parece que este método da resultado, pues se ve que los niños zinacantecos aprenden a cuidar a sus hermanitos menores. A partir de los 3 o 4 años se les abandona un poco, siendo la actitud de los adultos la de: “no me molestes”. Pero la educación continúa, pues tienen que desempeñar pequeños encargos en casa. Hacia los 9 años empiezan a ir al campo con el papá, y durante la adolescencia se les van dando tareas cada vez más propias de adultos.

En el campo religioso, tampoco hay prácticamente instrucción formal. Los niños y muchachos aprenden (en tzotzil “aprender” se dice “ver”) y captan los procesos rituales y los valores religiosos escuchando las historias sagradas que se narran acerca de los dioses y viendo cómo se desarrollan los actos religiosos. Poco a poco también se les inicia en el ritual haciendo que funjan en él como ayudantes. (Basta, para darse cuenta de la efectividad de este tipo de aprendizaje informal, leer sus larguísimas plegarias y sus complicados ritos ceremoniales).

Escuela. Actualmente pocos niños van a la escuela. Primero, porque los padres no ven la importancia de una educación formal para la vida que llevan. Es cierto que consideran importante saber hablar el español para tratar con los ladinos; pero México, la capital, está demasiado lejos y no sienten, por tanto, la necesidad de aprender bien la

lengua de los ladinos ni de participar en la cultura nacional.

Además, hay poco material de lectura en español que tenga significación para ellos. Finalmente, cuando los padres podrían desear enviarlos a la escuela, los niños empiezan a ser económicamente útiles. Respecto a las niñas, se teme que en la escuela las “molesten” los muchachos.

Es muy grande el contraste entre la educación informal de la casa y la formal de la escuela. En esta última el método de enseñanza de la lectura, de la escritura, de la aritmética y de un poco de historia de México, es por repetición mecánica.

Obviamente es un obstáculo para el aprendizaje el sujetarlos a la educación formal, que contrasta grandemente con la espontaneidad de la educación informal a la que están acostumbrados.

Es, pues, indispensable estudiar muy a fondo su estilo de vida a fin de planear una forma de educación adecuada para ellos.

Por lo que respecta al contenido, pienso que aun cuando el sistema educativo mexicano fuera apto para la nación en general, ello no significaría que sería igualmente adecuado para estos campesinos (ni para muchos otros tampoco). La educación que se les impartiera (en caso de hacerlo) debería realizar los valores de la sociedad y cultura a las que pertenecen, de manera que no se sintieran inferiores a los ladinos. El ideal sería fomentar en ellos una actitud semejante a la de un individuo culto que sale de su tierra natal para vivir en otro país: se adapta a ese nuevo género de vida, no porque considere inferiores los valores de su propia nación, sino porque sabe que esa adaptación le es necesaria para vivir mejor en el nuevo país.

De no lograrse esta adecuación, lo único que se obtendrá es un mayor número de marginados en el país, ya que en la situación actual el indígena que sale de su pueblo, aunque haya recorrido toda la escala del sistema de cargos o haya sido shamán, será considerado por la gente de la ciudad como “un indio más”.

Religión. Según Vogt, tienen sólo un barniz de catolicismo y profesan una forma de sincretismo basada en elementos religiosos aborígenes y en elementos católicos españoles. El sol, “padre sol”, “padre divino” está asociado con el concepto de Dios (*Riosh*). La luna, “madre divina”, está relacionada con la Virgen. Jesucristo no tiene para ellos gran trascendencia. Son, en cambio, de mucha mayor importancia los dioses ancestrales: ellos vigilan la conducta de sus descendientes y castigan sus faltas. Continuamente se les rinde culto. Asimismo, al Señor (o dueño) de la tierra se le debe compensar con cualquier actividad relacionada con la tierra, como la construcción de una casa, las siembras, etcétera.

Algunos santos católicos, sobre todo S. Lorenzo, S. Sebastián, Sto. Domingo, etc., también son considerados con suma deferencia (hay mitos acerca de ellos: son personas que llegaron a Zinacantán y se quedaron a vivir allí). Su importancia no es tanto religiosa cuanto social, pues con ocasión de sus fiestas hay gran afluencia de gente de los alrededores, con la consiguiente interacción social y económica. Los cargo-habientes son precisamente los que se ocupan de la organización y celebración de esas fiestas.

Según los datos etnográficos, parece que el catolicismo tiene para ellos importancia en cuanto que es un medio de expresión de su propia ideología religiosa. La misa, por ejemplo, no es algo esencial en sí misma, sino que es necesaria para celebrar al santo. El bautismo (aunque sirve para “fijar” el alma del niño en el cuerpo de éste) tiene más bien, al igual que la confirmación y el matrimonio, una connotación social: es la ocasión de extender y consolidar los lazos sociales por medio del compadrazgo.

Vogt habla del intento de la iglesia local de lograr que los zinacantecos sean mejores católicos, pero indica al mismo tiempo que “el sacerdote sólo se presenta en Zinacantán unas 10 veces al año para celebrar la Misa, bautizar y asistir a los matrimonios” (p. 607). No

trata el punto de las relaciones del sacerdote con la gente, pero parece que su función es mínima si se le compara con la del shamán tanto en el aspecto ritual como en el moral.

Por tanto, si se quiere ejercer alguna acción, es indispensable, quizá todavía más en este campo, un conocimiento profundo de sus rituales, sus conceptos y sus valores religiosos, a fin de interpretarlos según los modelos propios de esa cultura y no, etnocéntricamente, conforme a los modelos de la nuestra. De no ser así, se caería en un imperalismo religioso.

* * *

Creo que lo expuesto evidencia que nos hallamos ante una cultura totalmente distinta de la nuestra y que no podemos simplemente “trasplantar” a ella nuestros modelos. Es cierto que el cambio vendrá en forma ineludible por la interacción creciente con el mundo ladino, y que las minorías serán, casi fatalmente, absorbidas. Pero creo que sería un gran error tratar de acelerar el cambio. Habría más bien que procurar realzar los valores propios de los indígenas a fin de que ellos mismos reaccionen y se adapten como lo han hecho en algunos campos. A este respecto, es digno de notarse que las comunidades que han sufrido más el influjo ladino son las que ofrecen mayor resistencia al cambio.

Es también alentador el movimiento nativista o revitalista, que amalgama elementos mayas y elementos españoles, que los indígenas consideran como indios en oposición a los modelos ladinos.

Quizá alguien pudiera criticar a Vogt el que en uno de los capítulos finales, donde esboza lo que cree que será Zinacantán en 1984 (debido a la penetración de los modelos de la sociedad industrial), no indique nada en absoluto sobre los planes aconsejables de ayuda a los indígenas a fin de que no entren completamente en la sociedad de consumo... Hay que tener en cuenta, sin embargo, que una de las tendencias en antropología social, es que no corresponde al antropólogo mismo planificar el futuro; su oficio es observar

e interpretar. Otros pueden aprovechar sus investigaciones...

En suma: es éste un estudio etnográfico extraordinario. Supone un gran talento de investigador y una gran posibilidad de entablar relaciones humanas profundas, sin las cuales no hubiera podido el autor obtener tal cantidad de informes de primera mano.

El libro es de un valor incalculable para el antropólogo social, para el educador, y para cualquier hombre de ciencia interesado en los problemas de la "aculturación", no sólo de Zinacantán

y de los tzotziles, sino de las comunidades de origen maya en general. Por una parte nos da la pauta para un estudio etnográfico de esa cultura y por otra nos presenta un material abundantísimo para establecer una comparación con cualquiera otra región maya que se quiera estudiar.

Cuando se termina de leer este libro se tiene la sensación de que se ha vivido entre los tzotziles.

Eugenio Maurer,
Centro de Estudios Educativos.